

calma y esmero que lo que permite una carta escrita á vuelapluma, todo lo referente á las Universidades, organización de la enseñanza médica, y manera de progresar científicamente de Alemania; porque el gran caudal de datos que he podido recoger, y lo transcendental del asunto bien merecen algunos artículos meditados, y el que se lean en país tan abandonado y estéril como lo es España en achaques de progreso científico, he de limitarme, por el momento, á seguir llenando estas cartas con esas impresiones generales, especie de escaparate de bisutería, que, por lo variadas y ligeras, se avienen mejor con los recursos de escribir que se tienen cuando se viaja en forma que permita recorrer cuatro ó cinco naciones durante dos ó tres meses.

Berlín es una ciudad que ha experimentado, en breve número de años, una transformación y un crecimiento tan grandes como dudo yo pueda referirse de ninguna otra población. En 1860, Berlín tiene ya cerca de 400.000 habitantes; en 1867 alcanza más de 700.000, y actualmente pasarán de 1.200.000.

La guerra con Francia, importando crecido número de millones, y haciendo capital de Alemania lo que antes era sólo capital de Prusia, ha realizado maravillas; la población parece que se ha esponjado; en todas direcciones se ha extendido; hermosas barriadas y larguísimas calles, de tres y cuatro kilómetros, han brotado como por encanto; los arquitectos, inspirándose en un gusto clásico fundamental, aunque enriquecido por la esplendidez de la moderna ornamentación, han dado fin con el antiguo y pesado estilo alemán, para sustituirle con maravillas encantadoras; y en la actualidad Berlín, por virtud de esta prodigiosa evolución, se lanza á lo porvenir, dispuesto á formar en breve al lado de París y Londres, no sólo por el número de sus habitantes, sino también por la magnificencia de su ciudad.

He dicho que el gusto arquitectónico hoy predominante aquí es el clásico, y lo demuestra profusión de monumentos. Dependa de la causa que quiera, es lo cierto que ese gusto toma á veces proporciones tales, que no parece sino que se trata de resucitar las viejas ciudades de Grecia y Roma.

En ninguna de las naciones que he recorrido, incluso en Roma mismo, he gozado las impresiones de este género que en Berlín; hay puntos donde con tal abundancia y pureza rodean al visitante edificios de órdenes clásicos, que la imaginación se exalta, creyendo pasear entre foros, basílicas y templos... de la Roma augusta. Recuerdo, descendiendo á citas que podría multiplicar, el cuadro que se desarrolla ante la vista en los jardines que rodean al Museo Nacional de Pinturas; á un lado, el magnífico Museo dicho, que lo forma un rico templo corintio; al otro lado, el Museo de Antigüedades, soberbia construcción de gusto griego, con un pintoresco pórtico de orden jónico, y todo en derredor una hermosa columnata dórica, aérea, elegante, rodeada de arbolado.

Por esto, cuando, después de haber visitado el Museo de Antigüedades y Reproducciones de la estatuaria clásica, y de haberse conmovido ante los ricos trozos de piedra donde se conservan, en fragmentos, dos grupos completos y cuatro pedazos de los frisos del altar de Júpiter en Pérgamo, sale el viajero á refrescar un poco su cabeza por entre

aquellas construcciones, ó por el jardín dicho, que está con frecuencia solitario, el pensamiento se inflama en medio de la calma que le rodea, y cree el paseante, lo mismo que cree en Roma en el centro de su Coliseo, ó en Pompeya entre sus ruinas, que siente el eco de pasadas grandezas, y ha de ver, entre las columnatas, destacarse la figura majestuosa de algún ciudadano que marcha á las Termas ó de algún patricio que sale del Senado.

Hasta en los pequeños detalles que hermean las posesiones de recreo, atestiguan Alemania esta pasión, como ya tendré motivos para demostrarlo cuando hable, en otra carta, de mi expedición al real sitio de Postdam. Algunos aseguran que este gusto obedece á que Alemania se ha propuesto depurar su detestable gusto antiguo, tan maltratado por la crítica de la raza latina, buscando nuevos ideales estéticos: ¡es posible! y, de suceder así, importa reconocer que su nueva educación la han tomado los alemanes con el fervor con que acometen todo lo que interesa á su grandeza.

Tal es su aspecto arquitectónico; con respecto á su vida callejera, basta pasear du-

rante corto espacio de tiempo por las calles de Berlín para sacar al momento cuál es la nota característica, el *anima vitæ*, el sello psicológico — llámase como se quiera — de la Prusia: su militarismo.

Y en verdad que, no ya por el crecido número de militares con que á cada paso se tropieza el transeunte; no ya tampoco porque en los muestrarios y escaparates de las estamperías y fotógrafos, predominen las barbudas cabezas recubiertas de casco; ni porque sus grandiosos monumentos y estatuas de bronce y mármoles se consagren al recuerdo de héroes guerreros y de batallas; ni porque menudeen los cuerpos de guardia, cuyos soldados apenas si hacen otra operación que coger ó dejar el fusil para saludar el paso de algún jefe; ni porque alboroten á menudo las calles el estruendo de alguna banda, ó el redoble de algún tambor, anunciando que atraviesan batallones ó piquetes...; por nada de esto, aunque sea de por sí ya muy significativo, deduce el forastero el carácter militar del pueblo prusiano, tanto como por el aspecto de sus individuos, bizarros, dominantes, victoriosos, confiados y tan llenos de sí

mismo, y tan revestidos de su condición, que ni la estética más severa, ni el desdén más sistemático bastan á desconocer que el soldado prusiano es de lo más correcto y de lo más intachable que se puede encontrar.

Debo confesar que si hay hombres poco entusiastas de la Milicia, uno de ellos es quien esto escribe; la considero como una de las calamidades indispensables de la vida de las naciones, y creo que entre las resoluciones más de que jamás he de arrepentirme, figura la de haber renunciado dos veces á llevar galones y estrellas en el brazo, y tener por este motivo tres licencias absolutas entre mis papeles. Pues, sin embargo de esta confesión, declaro que si yo viviese en Prusia, quizás un ramillete de vanidades me ofuscaría y me compelería á ser militar, y después... ¡viniera lo que viniera!

Pienso que voy ya conociendo las principales Armadas de Europa, y, á decir verdad, encuentro á todas muy inferiores por su aspecto á esta prusiana. En Italia, Austria, Francia, Bélgica, Suiza, Holanda, Portugal..., y hasta en nuestra España he visto, y me he cansado de contemplar, oficiales y solda-

dos desgarbados, de vestiduras desceñidas, de cuerpos caídos, sucios, innobles; seres, en fin, que no parecía sino que con su cara y su continente iban protestando de haber sido arrancados de sus hogares, y empeñados en un servicio odioso que repugnaba á su naturaleza y á sus gustos. Aquí nunca he visto eso: no hablo ya de los oficiales; hasta cualquiera de los soldados parece que con su semblante serio, su andar altivo, su pecho levantado, lo cuidado y correcto de su uniforme, con todo, en fin, revela que ha nacido exclusivamente para militar, y que todas sus afecciones y su orgullo se encarnan en servir, con las armas en la mano, los altos intereses de la patria.

Y se concibe esto: aquí, el estado militar lo es todo, el estado civil no es nada; donde hay un militar, donde hay un oficial, un jefe ó un general, parece que asume todo género de autoridades, y que representa á su patria con más títulos, con derechos superiores á los de ninguna otra condición ó estado del ciudadano.

Sus últimos triunfos en los campos han exacerbado sin duda este carácter. Prusia

sabe que sus fronteras son el estímulo incesante de fuertes é implacables enemigos suyos; sabe (como nos decía un instruído jefe del Ejército prusiano) que la unión alemana y la alianza con Austria, si bastan para tenerla confiada en los resultados de las batallas, no bastan para domeñar en absoluto tantas impaciencias y enconos, y por esto se explica que su principal pesadilla sea aumentar sus precauciones y las excelencias de su Ejército.

Sería impertinente, dada mi condición civil, que yo descendiera á exposiciones sobre este particular, de las cuales, aun estando al alcance de mi vista y de mi corta inteligencia, debo hacer caso omiso, dejándolas para que las emprendan los que se ocupan en destruir, cuidándome yo de consignar lo muchísimo bueno que aquí se adelanta también para reparar; pero, á fin de cambiar de asunto, voy á decir que una de las pruebas más sorprendentes que pueden mostrarse acerca de las precauciones militares que toma este país, es la de su ferrocarril metropolitano.

Dicho ferrocarril, nuevecito, inaugurado aún no hace dos años, está montado sobre un

viaducto elevado, atraviesa la población por su centro, y ha sido construído con gastos fabulosos, que en seguida expondré, á fin principalmente de poder transportar grandes masas de tropas de un lado á otro de la población, sin necesidad de desembarco alguno.

Costó 375 millones de reales (75 millones de marcos) y todo el material es de construcción alemana. Sus partidas se descomponen del siguiente modo: el terreno ha costado 111 millones de reales; el viaducto propiamente dicho, 55; los empalmes con las otras estaciones 55; las excavaciones, etcétera, 2 $\frac{1}{2}$; rails, traviesas, material de superficie, 50; las estaciones puestas en diferentes puntos de la ciudad, 25; material de transporte, 12 $\frac{1}{2}$.

Este ferrocarril, de la propiedad del Gobierno, no sirve para el transporte de mercancías; pero, en cambio, el de pasajeros es tan frecuente, que pasarán de mil los trenes que ruedan al día de un lado á otro, porque tiene triples vías. En los pocos días que he permanecido en Berlín, lo habré utilizado yo más de cincuenta veces; y cito esto, como una

prueba de los servicios que presta al transeunte; con él se han borrado la mayor parte de las distancias de Berlín, y excusado es decir que su baratura es grandísima: 10, 20, 30 céntimos de marco.

XV

EL TIPO GERMANO. — UNA SINAGOGA

Viena, 23 de Agosto.

Jamás, en población alguna de cuantas en mis viajes todos he visitado, me ha sorprendido tanto como en Berlín la variedad de tipos y estaturas que presentan sus naturales. La idea, que generalmente tenemos formada, de que el tipo alemán es un representante fiel del germano de las tradiciones, es muy á menudo errónea. Berlín, por lo que á este particular afecta, es tal vez la ciudad que contiene tipos más variados y hasta opuestos; no parece sino que, por encontrarse en un punto central del Continente, equidistante de los pueblos latinos, slavos,

celtas..., ha sido teatro de una mezcla, cruzamiento y confusión tan exagerados, que es difícil señalar si aquí domina más el tipo moreno, recogido, de ojos brillantes y bajo del Mediodía, ó el tipo rubio, amplio, pesado, carnoso y gigantesco del Norte.

Los hombres altos, muy altos, extraordinariamente altos y corpulentos, abundan, sí; no transcurre mucho tiempo, cuando se camina por sitios frecuentados, sin que el curioso observador se pare de pronto, suelte una interjección de asombro, abra desmesuradamente los ojos y los eche al firmamento buscando la cabeza que sirve de remate al cuerpo gigantesco que pasa por su lado; en compensación, no recuerdo tampoco ciudad donde las personas pequeñas, exiguas, de miserable desarrollo orgánico, me hayan parecido corretear en tanta abundancia por la vía pública.

Esto produce, como es consiguiente, parejas muy desiguales en gran número: una mujer alta, garrida, de enorme plasticidad, con las exageradas proporciones de una estatua, lleva á su lado un muñeco humano, la expresión mínima de un hombre, un embrión

barbudo, que parece necesitado de sol y lluvias para su crecimiento; y viceversa, es frecuente observar, cogidas al brazo de Hércules blondos, anchas espaldas y rubicundos semblantes, mujeres tan exprimidas y escrofulosas, que anuncian la más triste muestra de una ruina orgánica.

Esta inesperada observación, radicalmente contraria á lo que yo creía ser un rasgo antropológico evidente de los pueblos del Norte, cuya riqueza corporal estimaba como ordinariamente superior á la nuestra, hube de juzgarla después como exacta por dos motivos: primero, porque mis compatriotas médicos aquí residentes la hicieron de igual modo que yo; y segundo, porque multitud de observaciones han podido convencerme de que en este pueblo abundan el linfatismo y la escrófula mucho más que en España.

No ya en los hospitales que hemos visitado, y en donde la escrófula interviene como un factor horrorosamente generador de males; en la misma calle, en los paseos, por todas partes se exhibe, y el ojo del médico puede fácilmente sorprender tan desdichada diátesis aun en organizaciones al parecer

sanas y envidiables, sin más que ver los numerosos tapones de algodón en rama que obstruyen los oídos de infinitas jóvenes, y los revulsivos y revulsiones que llevan detrás de las orejas..., y que no guardan, seguramente, proporción con los que en Madrid se observan.

No diré yo por ello que el pueblo berlinés sea un pueblo escrofuloso; pero sí creo poder sospechar, con fundamento, que le sucede sobre este vicio orgánico lo que le sucede con la estatura; y desde luego advierto que el tipo rubio, grandón, hermosote, sonrosado, de este país, no lo cambiaría yo por esotro tipo nervudo, bronceado, de piel dura, de pelo negro y cejas espesas, que distingue á los naturales de la mayor parte de nuestras provincias de España, Aragón, Provincias Vascongadas, Andalucía... Sería muy posible que después de creernos tan dejados de la mano de Dios, que ya nos parecíamos ser los miserables despojos de una raza, que tocaba en las postrimerías de su paso por la Tierra, llegáramos, por muy prudentes y razonadas cuentas, á convencernos de que ese Sol caliente que nos ilumina, y esa famosa

sobriedad que todos nos reconocen, chupando y exprimiendo á nuestros compatriotas del campo, los conservan más acerados, resistentes, y más imperecederos que lo son en realidad estas charcas de linfa contenidas bajo espléndidas esculturas de forma humana.

Y aplicando las inevitables consecuencias que de esto se desprenden, á lo que decía en una de mis cartas anteriores sobre la indiscutible belleza del soldado prusiano, es casi seguro también que encontraría, en igualdad de condiciones, ser mejor soldado de batalla y de fatigas el soldado del Mediodía, que no éste del Norte, por naturaleza más necesitado, y es de esperar que más pronto también á sentir las influencias deprimentes.

Pensando un poco, nada de lo escrito debe sorprender; ó la Ciencia no dice verdad, ó lo que he referido tiene que ser así por mil poderosos motivos que no he de exponer; y ¡quién sabe si un buen razonamiento encontraría, en estos mismos defectos fundamentales, la explicación de esa constancia y de esa calma que distinguen al pueblo alemán, y con las cuales adquiere, por los efectos maravillosos del trabajo y el ahorro, un caudal

positivo de inteligencia, incalculablemente mayor que el nuestro; una seguridad y resultado en sus empresas por nosotros jamás logrados, y una porción de excelencias, en fin, que á nosotros tanto maravillan, haciéndonos pensar, á veces, si serán ellos los heraldos de una raza del porvenir, más perdurable que la nuestra, y nosotros los despojos averiados de otra, condenada á desaparecer por los naturales efectos de la concurrencia vital! No, seguramente no; digan las batallas políticas y las invasiones militares cuanto quieran, la raza latina puede estar muy segura de que, en los cruzamientos y en las invasiones, quizá vengan los pueblos del Norte á darla belleza, redondez, color y estatura, manifestaciones puramente formales de la vida; pero ella devolverá, en cambio, nervios, energía, resistencia y espíritu, elementos esenciales sin los cuales la vida es imposible.

Ésta es, al menos, una tesis que considero defendida por multitud de razones, desde que he podido apreciar de cerca los hombres del Norte, admirar sus portentosas grandezas y advertir sus defectos.

Y voy á cerrar esta carta hablando de uno de los más célebres edificios que tiene Berlín, y el más notable de todos los consagrados á un culto religioso: la sinagoga.

Cuando visité en Amsterdam el barrio de los judíos, ya me cuidé de curiosear sus sinagogas; pero advertido allí de que en Berlín había de ver quizá la primera de Europa, aplacé para mejor ocasión el ocuparme de este templo, que, para un español neto, resulta una curiosidad de primer orden.

Es de construcción reciente (1859 á 1866); le ha dirigido Knoblauch, y aunque su fachada de ladrillos, y sus redondas cúpulas, una de ellas dorada y de 48 metros de altura, previenen en su favor, el efecto principal de su belleza hay que recogerlo en el interior.

Yo había buscado para visitarle la hora de los grandes oficios de la noche del viernes, porque deseaba conocer su iluminación.

Al anochecer se abrieron las puertas, y después de atravesar un pórtico de naves con techo regularmente elevado y subdivididas por pilares, entramos los hombres en el espacioso salón destinado á templo, y las señoras, por unas puertas laterales que había próxi-

mas á la principal, ganaban las galerías altas, que después indicaré.

La sinagoga es de una grandiosidad sorprendente; fórmala una sala rectangular de cincuenta metros de longitud, por lo menos, y un ábside relativamente pequeño, en cuyo centro se ostenta rico tabernáculo, un templete blanco, cuadrado, de estilo muzárabe, rematado por bonita cúpula bizantina, á la que interiormente ilumina una corona de luces de gas. Debajo, en el centro, una base forrada de terciopelo negro franjeado de oro, sostiene las Tablas de la ley, en las que se ven diez líneas, cinco á cada lado, de caracteres hebreos dorados sobre fondo negro.

El salón aparece dividido en cuatro naves desiguales; la mirada ve, de uno á otro lado: primero, á la izquierda, una de aquéllas, baja; después una fila de once columnas esbeltas; luego la segunda nave, la principal, la espléndida nave, cuyo techo se eleva á inmensa altura; en seguida nueva hilera de columnas, y tras de ella la tercera nave, á la cual es contigua la última, y limitada, de igual modo, por otra fila de columnas.

A los lados de la nave principal, arriba, y sobre sus columnas laterales, descansan las amplísimas tribunas, que se corren á los costados y atrás, por los tres lados correspondientes del rectángulo, formando á modo de galerías gigantescas de un salón de espectáculos: arriba y abajo, largas filas de escaños numerados permiten cómodo asiento á más de tres mil personas.

En las columnas árabes, las repisas y arcos dentados, las estriaciones y canaladuras, las tracerías que embellecen los hierros, los artesonados del techo..., por todas partes, hay lujo de pintura y de dorados. En el elevado techo de la nave principal apuntan cinco cúpulas, en cuyo centro hay grandes claraboyas de cristal, que á su vez tienen concéntricos cinco ramilletes de mecheros de gas. Veinte lámparas de tres luces cada una, en otros tantos arcos; diez más sencillas que se perciben á lo lejos, por la segunda arcada del lado derecho; y diez candelabros, más otras siete lámparas en el ábside, iluminan de noche el salón. De día entra luz zenital por las claraboyas ya indicadas, y luz de costado por veinte ventanas rasgadas y cubiertas de vi-

drios de colores, semejantes á los de nuestras catedrales góticas, pero sin dibujo de santos.

Mientras yo pude hacerme cargo y tomar nota de lo anterior, se fué llenando el templo de israelitas, y la tarde, declinando cada vez más, comenzaba á extinguirse, y permitía que brillaran las luces artificiales.

El extremo derecho de una galería que rodea el ábside á cierta altura, se llenó también de niños; y poco después el rabino tomó asiento en un sitial, colocado frente al tabernáculo, comenzó los oficios, dejóse oír un órgano y tras él un dulce coro de voces infantiles.

Los salmos que los niños cantaban eran de muy tierna melodía, y sus frescas voces, admirablemente educadas, uniéndose á los graves y sonoros lamentos del órgano, formaban un todo musical solemne y extraño, que inundaba las naves del templo, y repetían sus bóvedas con melodiosos y dulces ecos, algo parecidos á las celestiales resonancias del baptisterio de Pisa.

De cuando en cuando suspendían los niños su canto, y se oía el rezo del sacerdote, quien dirigía los salmos con una voz de tenor nada vulgar.

Aquel cuadro me impresionó: los tibios resplandores de un día que espiraba, alumbraban todavía las altas claraboyas de las naves, cuyos centros despedían chorros luminosos de sus ramilletes inflamados: leve suspiro de luz natural, que penetraba también por alta fila de ventanas practicadas en el ábside, simulaba como una corona de tenuísimas nubes azules, mientras torrentes de luz dorada caían desde las lámparas sobre las Tablas de la ley, iluminaban con fuerza el tabernáculo y dejaban las tribunas y el ambiente de las naves envueltos en sombras misteriosas, cruzadas por el chisporroteo de los dorados, y entre las cuales resaltaban las apretadas filas de señoras que, vestidas de sombrero, ahora se levantaban, ahora se sentaban, según lo requerían los oficios. En este escenario, el canto angélico de las criaturas, pronunciando frases musicales que ya, lánguidas y dulces, parecían de súplica, ya, enérgicas y breves, parecían de protesta, me hizo recordar el famoso drama del Gólgota, que tan asombrosa revolución produjo en la conciencia de los hombres y en los destinos de los pueblos. Aquel sacrificio

consumado á nombre de la paz y la fraternidad, ¡cuántas sangrientas guerras dejó tras de sí! ¡Cuántos odios de raza conservados al través de los siglos, y cuántos horrendos crímenes realizados á nombre de quien todo lo perdonó!

XVI

UNA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

Viena, 24 de Agosto.

Lo más notable que ahora hay en Berlín es la Exposición de Higiene, de la cual voy á decir algunas palabras.

Próxima á la estación Lehrten, en una bonita explanada de diez á doce mil metros cuadrados, entre Invalidenstrasse, Alt-Moa-bit y Ulanenstrasse, está implantada esa rica Exposición de Higiene y salvamento que la Alemania presenta hoy, como un nuevo testimonio de su envidiable progreso, al estudio y á la crítica de las demás naciones.